# SIMON BOLIVAR

## (ESTUDIO ANTROPOLOGICO)

CONFERENCIA LEÍDA EN LA SOCIEDAD BOLIVARIANA

Dice César Cantú que el historiador está obligado a despojar a los personajes de cuanto la tradición les ha puesto de ideal y dejarlos simplemente hombres, ya ensalzados, ya abatidos por las circunstancias, criaturas de sus antecedentes pero no esclavos de la fatalidad, porque la naturaleza no es diferente en los grandes hombres sino que se presenta más visible y aparente merced a sus proporciones. Este concepto, que es sin duda el más adecuado a la verdad histórica y el más propio para evitar errores e injusticias en que suelen incidir los que escriben sin despojarse de sus pasiones y prejuicios, tiene también la ventaja de proporcionar a la filosofía de la Historia la mejor base para establecer la verdad, purificándola de las ficciones, fantasías y urdimbres novelescas con que muchas veces se presenta adulterada. Desgraciadamente cuando una idea conveniente o benéfica entra en la categoría de las modas le sucede lo que a éstas, que la exageran de tal manera los que la acogen con demasiado entusiasmo, que llegan a pervertirla. Y eso hemos tenido ocasión de verlo en el modo como ha sido tratado en los últimos años el hombre más ilustre y más glorioso del Continente americano.

Ninguna duda cabe sobre que los personajes de la historia moderna deben ser despojados de aquellas exageraciones con que Homero cantaba en sus inimitables rapsodias la inteligencia, el buen consejo, el heroísmo y las demás virtudes de Héctor, de Aquiles, de Agamenón y los otros semidioses a quienes deificaba por

Archivo Histórico Rosario

su grandeza de alma; que es preciso despojar a don Rodrigo Díaz de Vivar de aquel carácter sobrehumano con que el marido de doña Jimena, después de lucha terrible con un agigantado tigre de Africa se presentaba trayendo como trofeo y a modo de manto la piel de tan horrendo animal; y que se le ha de restar al cadáver de don Pelayo la virtud de seguir triunfando en los combates con sólo ser conducido en andas a la presencia de los enemigos. Pero desfigurar la propia fisonomía moral, el verdadero carácter psicológico, los sentimientos e intenciones, el alma, en fin, de un hombre ilustre, llevándolo a un anfiteatro y extendiéndolo sobre una mesa de disección para despojarlo de sus cualidades y virtudes aplicándole las teorías de Lombroso, es obra de charlatanes más bien que de cultivadores de la ciencia.

Esta reflexión me la ha sugerido el artículo que el muy elegante, castizo e ilustrado escritor venezolano, doctor Pedro Manuel Arcaya, ha publicado sobre Bolívar en su libro titulado *Estudio sobre personajes y hechos de la historia de Venezuela*. Y no es que yo crea por modo absoluto que el distinguido literato e historiador haya errado al hacer su estudio sobre Bolívar, aplicando el método positivista preconizado por Spencer como lo ha hecho Mr. H. Taine en otros ramos de la Historia; lo que creo es que exageró esa aplicación al mezclarle auxiliares de otro género, de donde resultó que el juicio sobre el Libertador, que me parece justo y acomodado al personaje y digno del gran caudillo, aparece enteramente opuesto, incongruente e inadecuado a las premisas sobre que estableció su estudio.

También me propongo yo estudiar el alma del Libertador en esta conferencia, aplicando hasta donde mis ideas filosóficas me lo permitan un criterio semejante al del doctor Arcaya, pero auxiliándome de las



manifestaciones idiosincráticas del mismo personaje que ahora me sirve de tema. Natural es que mi empeño no pase de un ligero esbozo como lo es el del escritor a que me he referido, porque un estudio completo del alma del Libertador sería materia no para una sino para muchas veladas como la presente. En efecto, el estudio psicológico de un hombre, de un caudillo militar, de un político, de un hombre de Estado como Bolívar, no es obra tan fácil y tan sencilla; digo más: es tarea abrumadora no sólo para mis débiles fuerzas sino aun para los inteligentes historiadores y psicólogos veteranos en empresas de tanta importancia y de tan difícil desempeño.

No ha habido en América un hombre acerca de quien más se haya escrito ni sobre cuyo carácter se haya discutido más. Washington ha sido mencionado por todos o por la mayor parte de los historiadores de Europa y de América como de paso, bien para compararlo con otros hombres, bien para elogiar el magnífico resultado de su empresa, y porque siendo los Estados Unidos la nación moderna más admirable y poderosa es claro que todo el papel que ésta desempeña en el escenario universal ha de exhibir a cada momento el nombre de su fundador; ha merecido muchas biografías, y al leerlas se advierte que su personalidad en la historia no es más que un punto, un hombre, una mediocridad; su grandeza intrínseca es ninguna; la magnitud de Washington es una grandeza refleja, la que le presta la gran nación que lo honra; si la patria de Franklin en lugar de lo que es hoy se hubiese disuelto y hubiese quedado reducida a las siete u ocho colonias convertidas en minúsculas republiquetas atrasadas, débiles y empobrecidas, nadie hablaría de Washington como casi nadie se acuerda del fundador del Paraguay ni de los primeros presidentes de Santo Domingo o de Haití. En las repúblicas del Sur se ha

Universidad del Rosario Archivo Histórico

escrito mucho de San Martín, pero el mismo hecho de que los panegiristas del héroe de Maipu y Chacabuco hayan sido los principales detractores del vencedor en Boyacá, Junín y Carabobo indica que han creído necesario deprimir al más grande para enaltecer al pequeño. O'Higgins, Belgrano, Rivadavia no han sido personajes sino de segundo orden. De Bolívar se han ocupado los escritores e historiadores de las naciones principales de Europa y de toda la América, los unos para ensalzarlo sobremanera y los otros para deprimirlo en demasía; al paso que los poetas de más alta inspiración le han dedicado laudatorias estrofas altisonantes y elocuentes, otros le han insultado; nuevo Prometeo, le han desgarrado las entrañas los picotazos de los buitres; y no ha habido procacidad, ni arrebatos de cólera, ni pasión desenfrenada que no le hayan hecho objeto de contumelia, al propio tiempo que los himnos de gratitud, de admiración y de amor han subido al Empíreo desde el fondo de los corazones.

Cuando se considera la influencia eficaz, decisiva, insuperable que ejerció Bolívar en la independencia de las cinco repúblicas que hoy se extienden desde el mar de las Antillas hasta los límites de Chile, y se piensa en el áureo vínculo que liga su nombre con la historia política y civil de todos los países que existen desde las bocas del Misisipi hasta la Patagonia, y en las alabanzas que ha merecido en todo hispanoamérica, en todos los honores que se le han hecho y en todo cuanto bueno y bello se ha escrito de él, no se comprende a primera vista que, por otra parte, el Libertador de Colombia la grande y del Perú y creador de Bolivia haya sido víctima de tantos escritos insultativos, de tanta saña, de tanta aversión y aborrecimiento; pero la extrañeza desaparece al punto en que se piensa que un hombre poderoso para desarraigar tres siglos de dominio, para lesionar tantos y tan grandes intereses



materiales y morales; que tuvo que sostener diez y ocho años de guerra pasando por sobre cadáveres, destruyendo riquezas, chocando contra influencias dinásticas y sociales, haciendo surgir disenciones y conflictos entre los pueblos, si se hacía acreedor a las alabanzas y gratitud de unos, también se hacía merecedor del resentimiento de los otros. Aunque tantas desgracias sucedieron a pesar de la nobleza de sus sentimientos altruistas y humanitarios, no era posible que pasaran sin dejar hondo surco que había de ser llenado con lluvia de odios y rencores; y si al lamento de los arruinados por las consecuencias de la guerra, de los huérfanos y de las viudas se agregan el despecho de no saciadas ambiciones de los caudillos, las envidiosas rivalidades, los desacuerdos en política, se verá cuánta razón se supone para que de entre los ingratos a quienes dio independencia nacional y libertad política se levantaran esas voces que lo insultaron y esas pasiones que no sólo le injuriaron y llegaron a atentar contra su vida sino que le persiguieron hasta hacerlo morir en una playa víctima de tristeza y desengaños. Y hoy todavía esas pasiones no extinguidas en quienes las han heredado llegan a su sepulcro como vienen las olas del mar a morir besando la tierra en que murió.

Bolívar era noble; pertenecía con títulos bien claros a la clase social que en América se conocía con el nombre de «nobleza criolla»; era descendiente directo de los hijosdalgo españoles por no interrumpido abolengo con casa y solar. Don Juan Vicente Bolívar, Marqués de Bolívar y Ponte, casado en 1773 con doña Concepción de Palacios Blanco, dama también de noble estirpe y de gran belleza, como dice el señor Mancini de acuerdo con las *Memorias* del General O'Leary, fue el padre del Libertador, y su familia estaba unida a las casas más notables de Navarra, de Galicia y de Andalucía, así como sus más cercanos antepasados fueron

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

dueños de las más ricas posesiones agrícolas de Venezuela; de allí que fuese dueño de la ciudad de Cura cuyo fundador había sido su abuelo don Juan, y de las minas de Aroa, y que aún conservase el título de vizconde de Caporete. Esa familia, a pesar de la amenidad y animación de Caracas con sus alegres casas, sus florecidos jardines, sus hermosas plazas, sus calles tranquilas, sus iglesias y sus puentes, no era constante habitadora de la ciudad; como casi todas las familias distinguidas caraqueñas prefería la existencia aún más sosegada pero más laboriosa de sus campos.

Las primeras impresiones de Simón Bolívar, el futuro Libertador, fueron las de las costumbres domésticas en sus haciendas por los años de 1784 a 1800: constante vigilancia y observación en los cultivos en compañía de los mayordomos, giras campestres, frecuentes paseos a caballo y la distracción de cacerías; a prima noche, cuando se había oído el toque del *Angelus*, llegaba a la casa principal un largo desfile de esclavos que venían a que sus amos les autorizaran algún matrimonio, o a que les aceptaran algún padrinazgo de bautizo, o a pedir un remedio para el enfermo, o a que se les transara algún pleito. Estas gentes amaban a sus señores que los trataban con dulzura, y, como era de costumbre entonces, llevaban el apellido de sus amos. No olvidaremos que una de aquellas haciendas representa en la historia de América uno de los acontecimientos más sobresalientes de la revolución: era la de *San Mateo*, teatro del no imitado sacrificio de Antonio RICAURTE Y LOZANO.

Conocidas las condiciones atávicas de Simón Bolívar, yo no he encontrado dificultad para conciliar las ideas de los sociólogos, de los evolucionistas y de los partidarios de las ideas católicas. En cuanto a las leyes de la herencia, los secuaces del positivismo, aun contra su voluntad, han de reconocer que no han hecho



otra cosa que seguir las huellas de la filosofía clásica. Así, Spencer en *Las bases de la moral evolucionista* nos dice que en punto a instituciones morales fundamentales «éstas pueden ser resultado de las experiencias venidas a ser gradualmente orgánicas y hereditarias, de manera que vienen a ser independientes de la experiencia consciente. Las experiencias organizadas y consolidadas a través de todas las generaciones de la raza humana han producido modificaciones nerviosas correspondientes que, por transmisión y acumulación continuas, han venido a ser facultades de intuición moral, emociones que corresponden en la conducta buena o mala, que ninguna base aparente tienen en experiencias individuales de utilidad. La preferencia o la aversión vienen a ser orgánicas por la herencia de sentimientos agradables o desagradables de nuestros antepasados», a lo cual adhiere el barón de Garófalo en su tratado sobre *La Criminología*, donde dice que sea lo que fuere «entre las hipótesis spenceriana y darwinista, lo que es verdad es que cada raza posee hoy una suma de instintos morales innatos, es decir, que no son hijos del razonamiento individual, sino que son el patrimonio del individuo como tipo físico de la raza a que pertenece» y agrega que algunos de esos instintos se hacen notar desde la infancia mientras comienza a revelarse el desarrollo intelectual, seguramente antes de que el niño sea capaz de hacerse el difícil razonamiento para demostrarse la utilidad individual indirecta del altruísmo. Lo mismo sucede con el sentido moral innato, que es el único que puede explicar el sacrificio solitario y oculto que los hombres hacen algunas veces de sus importantes intereses para no violar lo que les parece su deber». El elocuente razonador don Juan Donoso Cortés, al tratar extensamente del dogma católico de la solidaridad humana, nos dice con admirable elegancia: «El principio de la identidad nacional o no sig-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

nifica nada o significa que hay comunidad de méritos y de deméritos, de glorias y de desastres, de talento y de aptitudes entre las generaciones pasadas y las presentes, entre las presentes y las futuras; y esta misma comunidad es de todo punto inexplicable si no se la considera como el resultado de nuestra trasmisión hereditaria»; y Mr. Descuret en su admirable obra, ya un poco anticuada, *La Medecine des Passions*, nos dice, apoyándose en largas y concienzudas experiencias personales y en ejemplos históricos, que todas las objeciones que pudieran hacerse contra la herencia de las inclinaciones, sentimientos y facultades no tendrían valor sino teniéndose en cuenta las disposiciones opuestas del padre y de la madre, y la educación física, moral e intelectual que hubiesen modificado al niño; y que bastante importancia tiene la observación de que el carácter del sér que procrea se propaga a generaciones enteras y se manifiesta con frecuencia más en los nietos que en los propios hijos; o de otra manera: que los hijos se parecen más en lo físico y en lo moral a sus abuelos que a su padre y a su madre.

Nació Bolívar el 24 de julio de 1783, habiendo sido bautizado, y por consiguiente introducido en el seno de la Iglesia Católica, el 30 del mismo mes; su padre murió a los dos años y unos meses (1786), y su madre no volvió sino por temporadas a su mansión campestre; prefirió doña Concepción vivir retirada y silenciosamente en Caracas, y sólo salía de su retiro para asistir a las festividades del Jueves Santo, del *Corpus Christi* y de San Juan, en las cuales todos los habitantes de la ciudad se manifestaban jubilosos, vestían con todo el lujo de que podían disponer y comunicábanse alegría entre sí todos ellos; eran esos los días de las visitas, de las expansiones y de los cumplimientos sociales. En ocasiones como esas, tan apropiadas para grabar dulces y tiernos recuerdos en el alma de un niño, *Simoncito*, como entonces le llamaban



sus allegados, era festejado, mimado y consentido por todos los relacionados de la familia; sus travesuras, su gentileza, le hacían adquirir cierta importancia, y más aún su precoz vivacidad y su índole voluntariosa que hacían de él un pequeño personaje a quien se daba una cierta importancia que sabía aprovechar. A los siete años de su edad le fue suministrado por el señor Obispo de Caracas el sacramento de la confirmación, y años más tarde Bolívar se complacía en recordar los numerosos obsequios de que fue objeto con tal motivo.

Estaba, pues, el futuro Padre de la Patria en la edad en que la naturaleza moral del hombre tiene la plasticidad de una cera blanda; edad en que todo se oye sin poner oídos, en que todo se ve sin mirar, en que un consejo, un gesto, una anécdota o una historia se graban dejando surcos profundos en la memoria, y en que los actos imitativos se juntan a las esperanzas del porvenir. Era ésta la época en que las colonias hispano-americanas respetaban en la religión un dominio casi absoluto de las conciencias, a tiempo que los dos continentes se sentían conmovidos por la guerra de independencia de los Estados Unidos y que las doctrinas filosóficas y revolucionarias preparaban la transformación política de Europa, a la cual había de llegarse mediante un verdadero cataclismo social. ¿Es verosímil que aquel niño no oyese en las conversaciones de familia los comentarios sobre las noticias recibidas, sobre las consecuencias de la revolución de los Comuneros de Nueva Granada, sobre las convulsiones que se hacían presentir en Sud-América y sobre el estado en que se hallaban los espíritus de las colonias españolas?

Sabido es, por otra parte, que en el círculo social a que pertenecía Bolívar constantemente se hablaba de las proezas de un personaje bíblico, su homónimo Simón Macabeo, cuya memoria se evocaba a cada paso. Simón no era ciertamente el mayor de sus hermanos,

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

lo era Juan Vicente; pero el carácter de ambos era sumamente distinto; el mayor se mostraba apacible, callado, meditabundo; *Simoncito*, inquieto, locuaz, gracioso y atrevido; a este los consentimientos de su madre y de su abuelo lo habían hecho casi insufrible; mostrábase entusiasta, ardiente, revoltoso y se encolerizaba fácilmente sin cuidarse de las demostraciones. Agreguemos a esto que su madre murió en 1792, es decir, cuando Bolívar no contaba más que nueve años; que en Caracas no había un buen plantel de educación; que su primer maestro, don Andrés Bello, aunque era un verdadero sabio en comparación de su edad y estaba acreditado de buen institutor, era sumamente joven e incapaz de dominar a su discípulo para imponerle adecuada disciplina; su aprendizaje se redujo por entonces a algunos rudimentos de aritmética, de gramática castellana, de geografía y algo de latín que le enseñó don Guillermo Pelgrón; en la formación del carácter, en lo que es propiamente educación, o sea dirección y aplicación de las energías, gobierno de la voluntad, de los instintos y de las pasiones, nada, absolutamente nada. A la edad de diez años uno de sus tutores, don Miguel Sanz, le buscó para maestro al caraqueño don Simón Carreño que había adoptado por profesión la de pedagogo. Este hombre raro y extravagante se había quitado el apellido paterno y dejádose el de la madre, por lo cual se llamaba Simón Rodríguez a causa de un disgustillo de familia; ya había vagado por algunos países de Europa; era revolucionario y se hallaba embriagado con las ideas de Rousseau, mitad católico, mitad volteriano y mal esposo. Solamente hacía tres años que Bolívar era educando de Rodríguez, por cierto con muy buen éxito en cuanto a la educación física, cuando el preceptor resultó complicado en la terrible conspiración de 1797, causa por la que hubo de expatriarse nuevamente huyendo de las autoridades de Caracas y abandonando a su discípulo.



Desgracia fue, y muy grande, sin duda, que Bolívar perdiera a su madre cuando él apenas contaba nueve años; pero hubiera sido más sensible antes de dejar grabados los recuerdos maternales. Doña Concepción Palacios había sido, según cuentan las crónicas de aquella época, una dama elegante, fina, atractiva, sumamente humanitaria, caritativa, piadosa y de suma religiosidad; a la edad de nueve años los ejemplos provenientes de tan bellas prendas no pasan desapercibidos; al contrario, llegan a imprimirse en el corazón del niño bien nacido, con caracteres indelebles y hasta formar una regla de conducta. Repetiremos aquí lo que al respecto nos dice Smiles en su hermosa obra *El Carácter:* «El influír la madre mucho más que el padre en la conducta del hijo es lo que hace que su ejemplo en la familia tenga mayor importancia. Y esto se comprende fácilmente: allí impera élla, y su poder sobre los tiernos súbditos que gobierna es absoluto. A élla ocurren éllos para todo. Ella es el ejemplo y el modelo que éllos tienen sin cesar a la vista, y lo observan y lo imitan aun sin tener conciencia de lo que hacen. Cowley, hablando de la influencia de los primeros ejemplos y de las primeras ideas que penetran en nuestras almas, los compara a letras grabadas en la corteza de un arbol nuevo que crecen y se ensanchan con los años. Las impresiones que recibimos entonces, por ligeras que parezcan, no se borran jamás». Y ciertamente, las ideas que por el ejemplo maternal se inculcan en el espíritu del niño son como las semillas sembradas en la tierra; allí duran algún tiempo y allí germinan, y más tarde producen pensamientos, hechos y hábitos. Por eso la madre revive en sus hijos; éstos sin darse cuenta repiten sus palabras, copian su conducta y siguen su manera de vivir; los hábitos de élla vienen a ser los de éllos, y el carácter de élla en éllos se refleja claramente.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Tan eficaz fue la influencia de doña Concepción Palacios en el corazón de su hijo Simón Bolívar que éste, sin ser un católico asceta, porque el género de vida que llevó y la mezcla de ideas que las circunstancias de tiempo, lugar, profesión y actuaciones políticas y militares no se lo permitieron, fue sin embargo un verdadero católico, alma religiosa sin fanatismo, poco dado a las manifestaciones externas pero siempre hijo de la Iglesia Católica, a quien tributó filial respeto y muchos servicios y en cuyo seno murió cristianamente.

Cualesquiera que fuesen las ideas de don Simón Rodríguez, lo cierto es que este pedagogo fue maestro, ayo, amigo y casi un verdadero tutor de Bolívar; le fue entregado para que lo educara y lo acompañara constantemente; y ese institutor empapado en las ideas de Rousseau y que con su discípulo deseaba poner en práctica algunas de las enseñanzas puestas en el *Emilio*, tuvo el cuidado de no olvidar que una buena y verdadera educación debe desarrollar y poner en juego simultánea y armónicamente las facultades físicas, morales e intelectuales del educando: *mens sana in corpore sano*, dicen los buenos preceptores. Rodríguez quiso demostrar en la práctica que donde una inteligencia se cultiva bien es en un cuerpo fuerte y robusto; principió, pues, por hacer de su discípulo un gran equitador, un hábil nadador, un infatigable caminador a pie, adiestrándolo y endureciéndolo para toda clase de ejercicios y fatigas, y preparándolo de tal manera que sólo en las postrimerías de su vida, y cuando ya las duras y terribles agitaciones militares iban demasiado prolongadas, vino a relajarse su salud. En dichas circunstancias iba la educación de aquel niño de doce años cuando se descubrió la conspiración de Coro, encabezada por don Manuel Gual, don José María España, don Juan Bautista Picornell y otros personajes, que conmovió la Capitanía General de Venezuela y que dio por resultado tan terrorífico castigo



en los conspiradores que hizo recordar la muerte de Galán, Molina y Alcantuz; espeluznante y aborrecible castigo aquel, capaz de producir las más hondas impresiones en todo ciudadano, y más aún en un rapaz extremadamente nervioso, suprasensible y por cuya mente no pasaban inadvertidos los comentarios como era por entónces Simón Bolívar, cuya familia, como otras muy distinguidas de Caracas, aprovechó la ocasión de demostrar su lealtad al gobierno; las milicias de Aragua, que por antecedentes de organización estaban bajo el comando de los Bolívares, recibieron en su seno al joven Simón como cadete, quien a poco recibió el uniforme de Subteniente que supo vestir con toda complacencia y elegancia.

Comprometido en la conspiración de Coro don Simón Rodríguez, gracias dio escapar con vida y volver a viajar, a lo cual estaba acostumbrando su activa juventud; y aunque el discípulo comenzaba entonces a tomarles gusto a los libros y era menos desaplicado, poco adelantaba al lado de don Andrés Bello, a cuya dirección volvió. Fue entonces cuando sus tutores tomaron la resolución de enviarlo a Europa para que se educase a la vista de don Esteban Palacios, su tío y padrino, que a la sazón vivía en Madrid; y al punto le embarcaron en La Guaira con rumbo a la Metrópoli. Es fácil, pues, explicarnos las ideas, sentimientos e inclinaciones que debieron desarrollarse en el espíritu del joven si tenemos en cuenta que no pudo llegar directamente a su destino porque entonces estaban las Antillas bajo el bloqueo de los ingleses en guerra con España, por lo cual hubo de desviarse hacia Méjico, cuya capital visitó durante los meses de febrero y marzo (1799), época en que las autoridades españolas estaban intranquilas por los frecuentes anuncios de complots, planes de conspiración y muy serios prasagios de una revuelta general; en Méjico fue hospedado en casa del Oidor Aguirre, quien lo relacionó con el Virrey Azanza, en

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

cuya presencia se atrevió a emitir conceptos favorables a la independencia americana. Habiendo llegado a Madrid e instaládose en la casa de su tío Esteban, que por ese tiempo disfrutaba de las simpatías de la Corte y de muy buenas relaciones con la familia reinante, en aquella capital el joven criollo venezolano comenzó a formarse ideas propias acerca del medio en que residía; si al lado de don Andrés Bello había comenzado a cobrar alguna afición a los libros, ahora se sentía ávido de lecturas y conocimientos; por otra parte, allí comenzó a conocer en sus intimidades el manejo de los asuntos políticos, las intrigas palaciegas, los provechos de las personas de influencia cortesana, las miserias de la casa real, las veleidades, debilidad e inconsistencia de la política del Rey Carlos IV, las astucias del Ministro Godoy, y cuánto se prestaba la conducta de la Reina a las maquinaciones de los partidos. Don Manuel Mallo, neogranadino de alto peso en el ánimo de los reyes, introdujo a Bolívar en la amistad del joven Príncipe de Asturias, futuro Fernando VII, y fue en el palacio de Aranjuez donde en cierta ocasión, jugando una partida de pelota en presencia de la Reina, le dio al Príncipe tan violento golpe en la cabeza que éste, irritado, no quiso seguir jugando, por lo cual el venezolano sostenía haber ganado la partida. Hase dicho que aquello fue una inadvertencia de Bolívar; es indebido entrar en el fuero interno de las personas, pero si se tiene en cuenta el carácter y las travesuras a que estaba habituado *Simoncito* cuando tenía doce años, no parece aventurado suponer que ésta fue una nueva pesadez intencionada. Poco después pasó Bolívar a habitar en el palacio de su pariente el Marqués de Ustariz, anciano sabio y respetable perteneciente a la sociedad más ilustrada de la Corte; allí hacía el joven suramericano sorprendentes progresos de ilustración.

El hospedaje de Bolívar en una casa tan honorable y digna de estima como la de Ustariz fue una re-



velación. Allí el adolescente se vio, se contempló y se conoció a sí mismo. Hecho ya a las costumbres cortesanas, a las elegancias y a la dulce actividad de los placeres, deseó emplear mejor su tiempo y hacerse superior a las circunstancias que lo rodeaban; dedicóse con tal ahinco al estudio que llegó a quebrantar su vigorosa constitución y a poner en peligro su salud, haciendo maravillosos progresos intelectuales con que causaba admiración en las personas que con él vivían. Y aquí es la oportunidad de recordar que, como lo afirman los más distinguidos psicólogos desde A. Espinas y M. Sciamanna hasta O. Fouille y el doctor Despine y los antropólogos criminalistas desde el Barón de Garófalo y E. Ferri hasta G. Sergi, la ilustración literaria y la instrucción científica, si bien sirven al hombre para dirigir sus actividades, son de muy dudosa influencia educativa en lo que mira al sentido moral y que por medio de una producción artificial no se reparan las deficiencias congénitas; sin que esto sea negar el poder de la educación, cuyos prodigios son reconocidos cuando se trata de perfeccionar el carácter, de hacer más delicados los sentimientos ya existentes y de utilizar ejemplos edificantes. Por otra parte, bullía en el corazón del joven Bolívar la ardiente sangre de la raza española; ardiente, impetuoso, ardoroso y con las pasiones de la edad en que se hallaba (tenía 18 años) se enamoró de una de sus primas, la señorita María Teresa Toro. Conocerla, amarla y pretender desposarse con élla cuanto antes todo fue uno; escribió a su tutor y tío don Pedro Palacio en solicitud de consentimiento para contraer matrimonio, pidió la mano de la señorita al padre de élla don Bernardo Rodríguez del Toro, y procuróse la licencia del Gobierno como era de rigor para los oficiales de las calidades del pretendiente. Contra la impaciencia del fogoso doncel y muy apesar de



Universidad del Rosario | Archivo Histórico

sus urgencias, don Bernardo le impuso un plazo, indicado tanto por la prudencia de un padre, como para probar mejor la constancia del enamorado. Fue en éstas cuando unos agentes de la policía quisieron prender a Bolívar a tiempo en que pasaba a caballo el puente de Toledo, porque contra un bando reciente llevaba diamantes en los puños de la camisa; esto fue motivo para que el criollo se apease, tirase de la espada y la blandiese sobre los agentes, y buena suerte fue que en aquel instante se presentasen algunos transeúntes, quienes impidieron que el caso pasara a mayores; rabioso y despechado por no haber podido vengar lo que él creía ser un ultraje de los policías, se presentó ante el padre de su novia; parecía un loco. Don Bernardo logró calmarlo un tanto y lo despachó a viajar, haciéndolo pasar el invierno en París. Cuando regresó a Madrid verificó su matrimonio en mayo de 1802 y de allí partió con su esposa para Caracas.

No hay por qué dudar de que la aspiración más acariciada de Bolívar fue gozar entonces de las escasas alegrías de Caracas y los productos y riquezas de sus haciendas en compañía de su joven y adorada esposa, alternando unos días en la ciudad con otras temporadas en los cálidos y encantadores valles de Aragua, teniendo siempre por centro de su hogar doméstico el afecto y la ternura de doña María Teresa. Pero esa aspiración no se realizó; Bolívar no alcanzó a vivir un año casado; su bella esposa murió en Caracas víctima de una fiebre maligna el 22 de enero de 1803. Quien no haya experimentado el desprendimiento de su esposa por muerte de ésta, el desastre de las ilusiones acariciadas, el fin de aquella grata compañía que es el complemento de nuestra persona, la purificación de nuestros afectos y la dirección de nuestros pasos, no tiene idea de uno de los mayores dolores que sentimos en la vida; y como el dolor no se hace sentir



igualmente en todas las personas porque su intensidad varía según la sensibilidad y el carácter y la imaginación de los individuos, es preciso suponer que en el alma del futuro Libertador la amargura de aquella libación debió de sobrepasar a todas sus amarguras; en ese corazón ardiente y generoso, en aquella vehemente imaginación, en ese espíritu delicadísimo, el sufrimiento debió de ser profundo, violento, enloquecedor, proporcionado a la gran catástrofe que lo produjo. Con ese gran dolor, en consternación tan cruel como la producida por la muerte de su esposa, Bolívar tomó la resolución de no reemplazarla: era el Hado protector de la independencia americana quien así iba desenvolviendo los acontecimientos, Muchos años más tarde, en el apogeo de su gloria, el Libertador, acordándose de esta circunstancia, decía que si no hubiese enviudado él no hubiera salido de la condición de un simple Alcalde de San Mateo.

Transido de tan amargo dolor, Bolívar regresó pronto a Madrid. Recordando a la que fue motivo de su pasajera felicidad lloró en compañía del padre de María Teresa y, años más tarde, al rememorar aquel tristísimo encuentro, exclamaba: «Nunca olvidaré mi entrevista con don Bernardo cuando le presenté las reliquias de María Teresa: juntos el padre y el hijo mezclámos nuestras lágrimas; escena desgarradora y deliciosa porque es un delicioso tormento el tormento del amor». Ya hemos dicho que la constitución de Bolívar era esencialmente nerviosa; hé aquí, pues, que los conceptos del ilustre médico y fisiólogo doctor Descuret, que atrás dejé citado, vienen aplicados al Libertador no sólo para los días de su reciente viudez sino también para todos los años de su vida: leamos con atención y comparémoslos con todas las vicisitudes, angustias y sufrimientos que acompañaron al héroe hasta el 17 de diciembre de 1830; hablando de los hombres de cons-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

titución nerviosa, dice el sabio: «Bajo la influencia de una imaginación activa y que no se haya tenido el cuidado de educar, estos individuos se muestran ordinariamente muy exaltados en sus sentimientos; llevan la alegría hasta la extravagancia; el dolor hasta la desesperación; el amor hasta la novela; la amistad hasta la exigencia más tiránica; sus esperanzas hasta los dorados sueños de la ambición. Para estos espíritus inquietos y desconfiados la incertidumbre es el más grande de los males: ella los socava. En éllos el amor es, antes que todo, una necesidad del corazón de que se resienten ardientemente; los afectos son su vida; pero si éllos dejan de amar con ternura, odian bien pronto con furor. En fin, su irritabilidad no menos viva en lo moral que en lo físico, es para éllos una triste porción en este mundo, donde la suma de dolores sobrepasa en mucho a la de los placeres».

Cuando en esta vez Bolívar partió para España llevaba como sus compañeros de distracción las obras de Plutarco, Montesquieu, Voltaire y Rousseau, cuyas ideas se asimilaba, especialmente las de los dos primeros, y cuyo estilo, sobre todo el del último, le causaban verdadero embeleso. De tal manera influyó Rousseau en el modo de expresar sus sentimientos por escrito, que toda la correspondencia privada o que no se refería a negocios militares o políticos está caracterizada con el sello del más puro romanticismo, y tal vez se deba a ello esa dulcísima cadencia musical que de manera tan grata aprisiona el ánimo de sus lectores sin embargo de que la concisión debiera de hacerle rudo su estilo militar. Es también admirable esa brillantez y tersura con que presentaba las imágenes para entusiasmar a sus tropas. *Mi Delirio sobre el Chimborazo* es un florecimiento literario digno de la pluma de Bernardino de San Pierre, y en sus cartas citó con la mayor frecuencia los pensamientos y aforismos del filósofo de Ginebra.



En cuanto a ideas políticas basta leer el artículo titulado *Carta a un caballero que toma gran interés en la causa republicana de la América del Sur*, que firmó con el pseudónimo de *Un Americano* y publicó en Kingstawn en 1815; el discurso que pronunció en la apertura del Congreso de Angostura en 1819; la carta que en 1820 escribió a Mr. Guillermo White sobre la *misión moral del Senado hereditario*, y el *Discurso Preliminar* al proyecto de Constitución para Bolivia, escritos donde se comprenderá que por sobre su vasta ilustración en asuntos históricos y de derecho público, sobresalía la influencia que tuvieron en su mente las doctrinas de Montesquieu.

La ley de reacción que se hace sentir en las personas sensibles más que en cualesquiera otras, condujo a Bolívar no sólo al estudio sino a un ambiente que pareciera propicio a aliviar sus sufrimientos. Buscó, pues, la sociedad de los sudamericanos que en Europa se encontraban; fue iniciado en los secretos de la Gran Logia Americana, de que era Gran Maestre el General Miranda; allí prestó el juramento de no reconocer por gobernantes legítimos de la patria más que a los elegidos por la libre y espontánea voluntad del pueblo y emplear todos los medios posibles para que los países admitiesen el sistema republicano como el mejor para gobernar en las Américas. Esta logia que nada tenía de antirreligiosa y que era compañera de las varias que en España, Francia e Inglaterra se habían organizado con el fin de destruír la dominación española trasatlántica y aun para preparar las revueltas internas que se premeditaban contra la Monarquía, contaba entre sus afiliados a O'Higgins, Montúfar, Rocafuerte, Monteagudo, Carrera, Moreno y muchos otros próceres sudamericanos, entre los cuales se contaba también San Martín, que después fue de los fundadores de la Logia de Lautaro, más reaccionaria en la Argentina y Chile.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Nada había en España capaz de curar el alma adolorida de Bolívar. Partió hacia París, y como en esta ciudad supiese que su preceptor de otro tiempo, Simón Rodríguez, se encontraba en Viena, se dirigió a aquella capital. Poco fue el consuelo que por el momento hallara en su viejo amigo, pues cada vez que se veían le decía: «Querido amigo, distráete, júntate con personas de tu edad, vé a los espectáculos, diviértete; es el único medio de curarte». Comprendió entonces que ese sujeto a quien consideraba como el más sabio, el más virtuoso y el más sensato de cuantos había conocido, era un hombre perfectamente insensible; en cierta ocasión, hallándose en presencia de ambos, un médico alemán dijo que Bolívar estaba enfermo de muerte, la cual, aseguraba éste, era el deseo más querido de su vida. Fue entonces cuando Rodríguez determinó hacerle comprender que en la vida de los hombres hay algo mejor que el amor, que podía buscar la felicidad entregándose a las ciencias o haciéndose ambicioso. De esta época en adelante, puede decirse que comenzó la formación definitiva del carácter de Bolívar. La revelación de que el deseo de gloria pudiera llenarle el vacío que la viudez había hecho en su corazón y de que siendo rico podría alcanzar éxito, hecha por su confidente Rodríguez, le robusteció las fuerzas morales que empezaban a agotársele, aunque es verdad que por lo pronto se desvió del camino recto, como sucede a muchos de los que bajo las impresiones de un gran dolor pierden la serenidad. Fanny Trobriand du Villars, consanguínea de Bolívar, vino a ser para éste como una hermana, amiga íntima y confidente; acaso mucho más que amiga y confidente si es que los recelos del señor Villars no eran temerarios. Nuestro personaje era rico, ya lo hemos dicho; instalado en una de las calles principales de París vivía intranquilo, descontento, perezoso y pródigo en grado superlativo; en Viena, en Londres,



en Madrid, en Lisboa llevó un tren de príncipe; hubo partida de juego en que perdió cien mil libras; elegante en sumo grado, gustaba de vinos muy superiores y era sumamente exquisito en los placeres de la mesa; bien entendido que no fue intemperante y que más tarde en sus campañas su buen gusto tampoco le impedía ser muy frugal, muy parco y contenido en el beber y comer. Sus buenas relaciones e intimidad con la señora de Villars, a quien en su novelesca correspondencia llamaba Teresa, le facilitaron asistencia a los más brillantes salones con las *reinas del día*, Madama de Stael, Madama Recamier; con los hombres más notables de la política en tiempo del Consulado, el Vizconde Lainé, los Lameth; Generales distinguidos entre los cuales se hallaban Oudinot y Eugenio de Beauharnais; con sabios como Humboldt y Bonpland, y con otros personajes como Talma, el gran actor que hacía las complacencias de Bonaparte.

Hemos dicho que en los días en que Bolívar frecuentaba la casa de la señora Trobriand du Villars fue cuando comenzó a cristalizarse el carácter del joven americano, y ahora decimos más: fue cuando se fijó definitivamente el rumbo que había de seguir en el porvenir. Porque aunque el *criollo* hubiese pagado en esta época el tributo que debía a los mimos, contemplaciones y desmedida tolerancia con que fue mal disciplinado en el hogar doméstico, pues fue voluntarioso y ajeno a todo dominio sobre sí mismo, en él se cumplían la ley atávica que podía dirigirlo hacia las actuaciones de sus antepasados, y la ley sociológica de la influencia del medio en que ahora se encontraba, todo esto unido al recuerdo de los buenos ejemplos de su virtuosa madre y de sus honorables tíos. «No es raro—dice un ilustre sociólogo inglés hablando de la formación del carácter—ver que las primeras impresiones que se han grabado en el espíritu del niño se revelan más tar-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de, en el curso de la vida, en obras meritorias después de un período intermedio de egoísmo y corrupción», y a propósito de esto cita el ejemplo de Jhon Randolph, estadista americano que en cierta ocasión decía: «Yo hubiera sido ateo si hubiese podido olvidar una sola cosa: el recuerdo del tiempo en que mi buena madre tomaba en las suyas mi mano y me hacía poner de rodillas para decir: Padre Nuestro, que estás en los cielos». Las cartas de familia que se encuentran en la correspondencia de Bolívar están todas impregnadas de una ternura exquisita, de unos sentimientos filiales que atestiguan cuán perdurable fue en su corazón el amor a sus tíos, hermanos y parientes, con cuánto esmero conservó el dulcísimo recuerdo de su infancia, y cuán delicado, fino y generoso se manifestó en sus amistades.

Llamaba la atención que en aquellos alcázares del lujo y de las reuniones aristocráticas, Bolívar, criollo americano y además tan joven, alternara con los eminentes que allí concurrían; y con tal desembarazo y aun imprudencia lo hacía, que hubo ocasión en que reprendió al Príncipe Eugenio por el atrevimiento de galantear a Teresa, y en que con más franqueza de la que convenía por las circunstancias políticas en que se encontraba Francia, manifestó sus opiniones contrarias al cesarismo que comenzaba a imperar. Allí, conversando con Humboldt, quien en sus viajes científicos por América había sido huésped muy agasajado y admirado en Caracas y en los valles de Aragua por la familia de Bolívar, el sabio le trajo los recuerdos más tiernos con expresiones halagadoras de aquellas amenísimas campiñas y de aquellos pacíficos habitantes tan cruelmente tratados por el Gobierno español cuando la conspiración de don Manuel Gual y don José María España; y como por otra parte no escaseaban las burlas, gracejos y sátiras con que los jóvenes franceses se daban a chufletearle, Bolívar se ue retirando de la vida superficial e inútil de



los convites y continuó tomándole afición al trato con Humboldt y las otras personas de seriedad y aplomo; poco después dejó sus habitaciones del barrio de Vivienne y se instaló en otra más modesta y tranquila en la calle de Lancry, entregándose al estudio tan felizmente que la posteridad ha admirado su ilustración y sus variados conocimientos. En una de aquellas pláticas habidas entre el Barón de Humboldt y el joven caraqueño, éste exclamó: ¡Qué brillante destino el del Nuevo Mundo si sus pueblos se libertasen de su yugo, y qué empresa tan sublime!» A lo cual replicó el otro: «Ciertamente, pero no veo el hombre capaz de realizarla». Ya se ve, pues, que Bolívar buscaba un objeto para su vida, un fin hacia donde encaminar sus energías, una meta para sus aspiraciones. La compañía del sabio, como lo hiciera antes la de Simón Rodríguez, también le decía que hay algo en la vida de los hombres más digno de desearse que los placeres momentáneos. Efectuábase ese cambio de rumbo, esa metamorfosis moral, a tiempo que la consagración imperial de Napoleón se hacía con toda la grandeza y la esplendidez con que los franceses poseídos de patriotismo la presenciaban en el suntuoso templo de Nuestra Señora. Años más tarde decía Bolívar: «Este acto augusto me llenó de entusiasmo; su pompa y los sentimientos de alegría y amor que un pueblo inmenso manifestaba al héroe, esa efusión general de todos los corazones, ese movimiento espontáneo que excitaba la gloria y los laureles de Napoleón, aclamado en ese momento por más de un millón de pechos, me parecieron para el que los obtenía el último término de la ambición de un hombre. Y, bien que yo estuviese muy lejos de imaginarme que semejante fortuna pudiese alcanzarla algún día, yo evocaba a pesar mío la esclavitud de mi patria y la aureola que pudiera resplandecer en su libertador».

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

Cuando la esposa de Bolívar se hallaba exhalando el último suspiro le suplicó a su enamorado esposo que no se volviera a casar; y así lo prometió él, que en esos momentos comenzaba a probar el amargo cáliz de la viudez. Ahora, después de relacionarse con sus sabios amigos y cuando ya poseía una sólida y extensa ilustración, su alma encontraba una atmósfera más propicia a sus alas de águila atrevida y poderosa; por eso al emprender un viaje de recreo por Italia encontró asuntos que le atrajeron profunda meditación en Nápoles y en otras ciudades, pero principalmente en Roma, cuyas ruinas le evocaron los recuerdos históricos de tántos imperios conquistados, de tántas tiranías y de tántas batallas libradas por la libertad; allí como un vidente, inspirado por un hálito del porvenir y como despertando en su mente el germen de una verdadera misión, en presencia de don Simón Rodríguez, hizo el solemne juramento de libertar su patria, juramento que prestado sobre el Monte Sagrado fue cumplido en veinte años de sacrificios permanentes, de no interrumpidos servicios militares en que alternaron los más dolorosos reveses con las más espléndidas victorias, de diarios combates contra la naturaleza y contra los hombres; en veinte años de una actividad física superior a la resistencia de un mortal, de una tensión moral no igualada por los más célebres caudillos de la antigua historia, de una lozanía y eficiencia intelectuales jamás superadas por los estadistas de su época; de lo cual dan prueba las naciones libres de la América española.

En 1810 Bolívar contaba veintisiete años de edad, es decir, que estaba perfectamente formada su fisonomía física. Según el retrato que le hizo Mr. Ch. Gill, quizás cuando los revolucionarios de Caracas le enviaron a Londres, su rostro era ovalado, de color blanco mate, tenía la frente ancha y cerrada hacia los temporales, las mejillas secas, la nariz larga, ligeramente encorvada y con las fosas finas y proporcionadas, la boca de un diseño firme, delicadamente levantada en la comisura de los labios salientes coloreados con moderación, el labio superior cubierto por mostacho, la barba corta, proporcionada y con hoyuelo; los párpados un poco gruesos, ornados de pestañas largas y negras, y dicen que brotaban sonrisas y centellas del fuego sombrío de sus pupilas; las patillas de color castaño oscuro contrastaban con los cabellos negros que caían hasta el cuello en bucles rizados siguiendo la línea ovalada de la cara. Era, además, de talla mediana, busto estrecho, las piernas largas, y, sin embargo, esbelto y bien formado. El grito revolucionario dado en Caracas el 19 de abril encontró a Bolívar en sus haciendas entregado aparentemente a una vida modesta y tranquila, pero trazando el plan de la conspiración.



El artista colombiano General don Rafael Urdaneta, en su laborioso estudio denominado *Esgamatología o ensayo iconográfico de Bolívar*, da cuenta de innumerables retratos en miniaturas al óleo, al lápiz y al carbón; de los hechos por Roullin, David y Meuci, origen de la mayor parte de los grabados en acero y madera y de las litografías profusamente esparcidas en nuestros países; de las estatuas de Tenerani y de otras existentes en Bogotá, Lima, Caracas y otras capitales; y de otros muchísimos trabajos en que por medio del bronce o del mármol, sobre marfil o sobre lienzo, los artistas o los aspirantes a serlo han colaborado gráficamente a la gloria del Libertador haciendo clara e inolvidable su fisonomía. De ese estudio aparece que sólo con los que el autor alcanzó a conocer se pudieron formar hasta cerca de doscientos grupos en que los pintores, escultores, grabadores, dibujantes, litógrafos y demás trabajadores de las artes representativas, así americanos como europeos, han contribuído a la multiplicación por millones de los retratos y represen-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

taciones del grande hombre. Pues bien: comparando todos los distintos ejemplares que hemos alcanzado a conocer de los muchísimos que clasificó el artista Urdaneta, hemos encontrado una admirable uniformidad, de modo que se nos ha grabado en la memoria la conformación fisonómica de Bolívar hasta el punto de distinguirlo a primera vista dondequiera que se presente; y de esa comparación resulta que el egregio Padre de la Patria y Libertador de las cinco Repúblicas bolivarianas tenía la frente grande, abombada, con los caracteres del pensador, protuberante en la parte superior, que es el asiento de la facultad imaginativa, si es que hemos de creer a los frenólogos; las sienes deprimidas y con entradas anchas y profundas en los temporales; las cejas finas y arqueadas; los ojos vivos, luminosos, penetrantes, dominadores; la nariz recta, delgada y de ático perfil; las mandíbulas bien delineadas; los pómulos salientes, en proporción con la barba; la boca fina, nerviosa, y los labios de proporción armónica; el cuello delgado; la cabeza bien redondeada y las orejas medianas; color blanco mate ligeramente bronceado por el sol de las campañas; usó bigote y patillas hasta 1821, año desde el cual vivió siempre rapado: los que lo trataron desde su juventud y más tarde en sus postrimerías como O'Leary, O'Connor, don José Joaquín Ortiz y muchísimos más, están de acuerdo en la verdad de semejantes rasgos y en que el conjunto era perfectamente simétrico, sin anomalías repugnantes, y de distinguida y noble apariencia; y dicen igualmente que el timbre de su voz en conversación ordinaria era sumamente agradable y que en sus arengas militares tomaba particular resonancia y era asaz estimulante.

Ya se ve, pues, cuán poca materia encuentran en el Libertador Simón Bolívar los que han querido profanar esa personalidad histórica estudiándola con el criterio positivista y a la luz de la pretendida ciencia antropológica de César Lombroso. Es una extravagancia decir que se considera a Bolívar como un degenerado porque no siempre la degeneración significa empeoramiento; es un contrasentido; los psicólogos y los profesores de psiquiatría están todos de acuerdo en que la degeneración es un menoscabo regresivo; la evolución que trae hasta los individuos posteriores las cualidades y perfecciones de los antepasados es regeneración. Según Lombroso y los de su escuela el hombre criminal se distingue por anomalías características: asimetría del cráneo o de la cara, submicrocefalia, irregularidad en las orejas, prognatismo, desigualdad en las pupilas, mirada fría, cristalizada y algunas veces el ojo inyectado de sangre, la nariz torcida o roma, la frente aplastada, excesiva longitud de la cara, mandíbulas fuertes, los zigomas espaciados, los dientes caninos muy desarrollados, gestos nerviosos y contracciones de un solo lado del rostro que producen el efecto de descubrir los colmillos y dar una expresión de amenaza o de visaje repugnante, signos todos estos que pueden estar más o menos conjuntos o distanciados y que han coincidido en el *uomo delincuente* con la muy poca sensibilidad y casi ninguna reacción emotiva, como dicen que lo han comprobado Orel, Despine y Ottolenghi. En Bolívar es todo normal y armonioso; en él son congruentes su extrema sensibilidad, sus emociones reaccionarias, sus nobilísimos sentimientos altruístas, la agradable impresión de su fisonomía, su temperamento y las manifestaciones de su alma. Si aceptáramos las teorías de Gall, como con tánta voluntad las acepta Mr. Descuret, tendríamos para hacer de Bolívar un dechado de perfección en sus condiciones morales; pero estamos muy lejos de aceptarlas porque no creemos que cada virtud o facultad tenga un lugar especial en determinada parte del cerebro a la manera que cada abe-



Universidad del Rosario | Archivo Histórico

ja tiene su celda en el panal; pero si aceptamos el concepto de M. Marro de que «todos los que se ocupen en el estudio físico del criminal vendrán a la conclusión de que los delincuentes son seres distinguidos por las anomalías que en ellos se encuentran», hemos de concluír que en el Libertador no hay materia para la antropología criminalista, y que, lejos de ello, es preciso considerar las múltiples—algunas sublimes—cualidades que lo distinguieron a la luz de otro discernimiento. Mr. G. Tardo, que tan victoriosamente ha contradicho las teorías lombrosianas en su notable obra *La Criminalidad Comparada*, nos dice: «Es, por lo menos, cierto que por su frente y su nariz rectilíneas (las del hombre noble y bueno), por su boca estrecha y graciosamente arqueada, por su mandíbula recogida, por su oreja pequeña y pegada hacia las sienes, la hermosa cabeza clásica forma un contraste perfecto con la del criminal, en el cual la fealdad es, en suma, el carácter más saliente. Entre doscientas setenta y cinco fotografías de criminales, unidas al *Uomo delincuente* y algunas docenas de retratos más diseminados en el cuerpo de la obra, no he podido descubrir más que un solo rostro bonito, y ese era femenino; el resto son repulsivos en su mayoría, y hay no pocas figuras monstruosas. Hegel ha definido muy bien la cabeza ideal, como aquella en que superan la inteligencia y la nobleza de espíritu, la en que se marca la expansión social y no exclusivamente individual del hombre».

Si—siguiendo las observaciones de los antropólogos—se tiene presente que los malhechores por instinto protervo, por degeneración o por atavismo se hallan caracterizados principalmente por una mirada turbia, fría, firme y fija, casi siempre inquieta, oblicua, pestañeadora y fugitiva cuando se le mira de frente; y si se considera que los hombres eminentes en perfección moral, en su generalidad, unen a un trato expansivo con



reserva o discreción un reflejo de bondad en el rostro acompañado de unos ojos luminosos, más o menos chispeantes, suaves o sonreídos, que miran con franqueza y de frente, mejor queda establecida la selección de Bolívar. Por allá en los años de 48 o de 50 el ilustre José Joaquín Ortiz, haciendo reminiscencia de su conocimiento del Libertador en 1827, se expresaba en estas palabras: «Se hallaba entonces Bolívar en la plenitud de la vida, lleno de fuerza y lozanía: su estatura sin ser elevada era gallarda; sus movimientos, rápidos y graciosos; sus cabellos negros y crespos empezaban a argentarse ya, más que por el trascurso del tiempo, por las tormentas de la vida; su faz, antes de una blancura perfecta, ahora tenía el color bronceado que da el sol de los trópicos, y sus ojos, negros, vivos, inquietos, tenían la mirada del águila unida al brillo del relámpago de los cielos»; y el General Francisco Burdett O'Connor, que tan íntimamente trató y conoció al grande hombre, ya en sus últimos años (1869) endulzaba sus gloriosas añoranzas escribiendo en sus *Recuerdos:* «Tenía (Bolívar) un espíritu grande y nobilísimo, dotado de extraordinaria actividad y fuerza. Era tan noble en su origen como en su alma y en sus facciones. Su talento era elevado y poderoso, su genio extraordinario, sus conocimientos profundos, notables su saber y su elocuencia; inmenso su patriotismo y heroica su abnegación. Templaba siempre la Justicia con la Clemencia, y era tan grande en el terreno de la diplomacia como en los campos de batalla. El mundo era su patria, y los hombres de todas las naciones sus conciudadanos; la justicia su ídolo, y la libertad su culto. Era de talla esbelta y su temperamento nervioso. Su metal de voz, suave y agradable, era áspero en sus momentos de mal humor y parecía adquirir el fragor del trueno cuando proclamaba o daba voces de mando en el campo de batalla.

Universidad del Rosario | Archivo Histórico
COLEGIO MAYOR DE NTRA

«Va a hacer medio siglo que ví por última vez a este héroe inmortal, a este genio extraordinario, y todavía al recordarlo en los postreros días de mi existencia, me parece que mi oído escucha su acento, y que mi alma se baña en los efluvios de su mirada de fuego, altiva y penetrante». Y como no fueron estos ilustres escritores los únicos que por conocimiento personal retrataron de tal manera al Padre y Libertador de Colombia, lógico es deducir que el genio que escribió *Mi delirio sobre el Chimborazo* acreditaba su descendencia de aquel tronco de la familia euskara que dio honra y gloria a la patria nativa y que llevaba en sí la raza de Don Pelayo; en él hizo la naturaleza una regeneración en lo anatómico, en lo fisiológico, en lo intelectual y en lo moral. Comparando su retrato con los mejores de algunos personajes de la historia encontramos en él la belleza clásica de griegos y romanos y la de otros muy distinguidos y gallardos de Francia, de España y de Inglaterra, como Francisco I, Turena, Carlos V, Carlos I, el inglés, y Lord Byron.

Que Bolívar padeció de muchas de las debilidades y defectos que aquejan a la especie humana no hay para qué decirlo; ya pasaron los tiempos en que se deificaba a los hombres superiores; en la edad moderna la grandeza consiste precisamente en el contraste que hacen la excelencia de las cualidades y virtudes y la tenuidad de las imperfecciones; la pequeñez de éstas al lado de la magnificencia de aquéllas determina la proceridad del sujeto.

Sentado este principio, parécenos una puerilidad afirmar que Bolívar, como todo hijo de Adán, estuvo sometido a las influencias exteriores e interiores que pesan sobre el organismo humano; las astronómicas y las atmosféricas; las de digestión y las de biliosidad; las que afectan el sistema nervioso; las de buena salud y las nosológicas; sabido es que como todo hombre culto, ilustrado y de amplitud espiritual, fue comunicativo y de grata sociabilidad, no sin varias alteraciones en que algún mal humor, un motivo de desagrado o un inesperado desencanto lo tornasen reservado o lo hicieran prorrumpir en ademanes o contestaciones ríspidas; en horas de profundidad de pensamiento, acaso por recuerdos y también por previsiones del provenir, era víctima de hondas melancolías y tristezas; serenábanle el ánimo las buenas noticias de acontecimientos que venían en apoyo de su optimismo o de sus ideales; el júbilo y la alegría lo trasportaban fuera de sí. Que nuestro grande hombre fue impulsivo es cosa que no puede remitirse a duda. De pequeñuelo exaltábase por modo inconveniente cuando se enojaba; atraíanlo las cabriolas y corcobos de los potros sin amansar; de joven, dicen su altivez el pelotazo al príncipe de Asturias, el incidente del Puente de Toledo, la reconvención al príncipe Eugenio por los galanteos a Teresa; a la mayor edad, ponderan su impulsividad el ímpetu de suicidio que sufrió en Haití, el espolazo que dio a su cabalgadura cuando cierto orador quiso detenerlo en las cercanías de Pamplona, la displicente contestación a un discurso del doctor Vicente Azuero, varios ímpetus de temerario valor que tuvo en los campos de batalla, aquel arranque casi suicida con que avanzó hasta la piedra resbaladiza, cubierta de lama, que sirve de única grada a la primera caída del Salto del Tequendama, y muchísimos más que sería largo enumerar, reveladores del desequilibrio nervioso de aquel caudillo excepcional.

En la guerra de independencia fue Simón Bolívar quien primero libertó a sus esclavos y quien en las primeras leyes de Colombia consagró la libertad como derecho de aquella raza infeliz. Sus sentimientos de amistad y de gratitud estuvieron siempre abiertos a todos y en especial a aquellos de quienes había recibido alguna atención o beneficio. No obstante las faenas de



Universidad del Rosario Archivo Histórico

la guerra y los complicados problemas de la política, o a pesar de los estruendos festivos de las victorias, jamás olvidó los sufrimientos y la pobreza de las viudas y los huérfanos de los servidores de la República, ni la miseria de aquellas familias desgraciadas que durante el régimen de la *Reconquista* fueron reducidas al hambre y desnudez; cuando el gobierno republicano carecía de recursos, o por olvido, no podía aliviar aquellas necesidades, él señalaba los auxilios o socorros y los impendía de sus fondos particulares; empleando los sueldos que devengaba en actos de tan noble munificencia. Esto bastaría para afirmar que Bolívar fue un hombre eminentemente humanitario; así lo demuestra la historia de su vida; y es evidente que hubiera sacrificado la mitad de su sér por evitar el derramamiento de sangre de los enemigos y enjugar las lágrimas de los desgraciados. Con la mayor energía improbó la iniciación de la guerra a muerte por D. Antonio Nicolás Briceño, a quien por ello expulsó del ejército; y si a pocos días él mismo hubo de decretarla, muy contra sus sentimientos, lo hizo porque la guerra sanguinaria, cruel e inmisericorde de los españoles, que no dejaban prisionero alguno con vida y que además con las emboscadas y los asesinatos a mansalva ultrajaban el derecho natural, exigían que las represalias asegurasen igualdad de hostilidades para ambos beligerantes. Sin embargo, siempre estuvo solicitando del enemigo la regularización, hasta que por medio de sus victorias logró imponerla en el tratado de Santa Ana.

Muchas y muy grandes fueron las contrariedades que experimentó el Libertador en su vida pública: los desafíos personales, el procaz insulto, la incomprensión de muchos de sus actos, la calumnia de sus intenciones (que era lo que más lo exasperaba), la ingratitud de sus favorecidos, la traición de sus amigos, el odio personal del enemigo común, y el odio cruel, impío, implacable, áspero, furioso, ofensivo de aquellos de sus

DE NTRA SRA DEL ROSARIO



conciudadanos a quienes había servido y a quienes la envidia les derretía el alma; pero nadie le increpó un hecho deshonroso; nadie le denunció ni le ha denunciado un acto indigno de un caballero cumplido. Sin duda a través de las intrigas y cábalas de la política rastrera, a que era demasiado ajeno, tuvo sus debilidades en el manejo de los hombres, mas esas debilidades no manchan una vida tan radiosa, como no ensombrecen las manchas del sol sus ofuscantes fulgores de astro rey.

J. D. MONSALVE

Bogotá—1929.

# DISCURSO

## PRONUNCIADO POR EL Dr. GUILLERMO VALENCIA en la sesión solemne que celebró la Sociedad Bolivariana el día 18 de septiembre de 1933

*Excelentísimo señor Encargado de Negocios de Chile; Excelentísimos señores del Cuerpo Diplomático, señores miembros de la Sociedad Bolivariana, señoras, señores:*

Este día en que la República de Chile conmemora su libre fulgurar en la constelación del continente, debe ser de inflamado regocijo para sus hermanas de América.

Demostró Chile desde el principio de su liberación un cúmulo tal de virtudes raciales, que no escaparon a la intuición crítica de nuestro Libertador. Difícil pensar entonces que aquella angosta faja territorial tendida entre una excelsa cordillera y un mar atormentado que la amaga de continuo, pudiese contener pueblo tan intensamente apto para ejecutar cosas grandes. Dijérase que el airado mar que lo azota sin término, al golpear sobre el yunque ciclópeo de los Andes australes, sigue forjando sin descanso esa laya de caracteres igua-

Archivo Rosario Histórico